

Camas

GROUCHO MARX

Introducción

Aquéllos sí que eran tiempos. Un éxito en Broadway meses y meses... un contrato en Hollywood a la vista... un cuarto de millón de dólares invertido con todas las garantías en el futuro de América...

Me encaré conmigo mismo (siempre ando cerca por lo que pueda ocurrir) y exclamé:

—¡Groucho, ésta es una época de vacas gordas!

Yo estaba bien instalado con mis hermanos en el firmamento teatral. Pero ahora puedo contemplar mi vida desde una perspectiva analítica y valorar qué cosas echo en falta. Los cubiertos de plata de la familia, mi Pierce Arrow y mi leal sirviente. Tal vez tenía que haber revisado sus referencias más a fondo, pero me pareció que una estancia en la misión de San Quintín era ya suficiente recomendación.

Siempre he lamentado que mi educación terminase en la quinta elemental. Resulta endiabladamente difícil introducirse en el gran mundo y crearse una imagen de sofisticación. La anfitriona podría sorprenderme con teorías sobre Schopenhauer o Kafka. ¿Y qué aportaría yo a cambio? La tabla de multiplicar hasta el siete.

En defensa propia, me convertí en un lector voraz. Acompañaba a mis amigos con un libro en la mano y, si la conversación se ponía intelectual, enterraba la nariz en las páginas y subrayaba cada frase con un gruñido de impaciencia. Pronto adquirí fama de empollón. Y eso que nunca he tenido plumas. Y siempre he detestado el pollo.

Tras leer a Stephen Leacock, O. Henry y otros de su pinta decidí que podía hacer lo mismo. Y me hice escritor. Me cosí parches de cuero en el codo de todas las americanas. Cambié los cigarros por una pipa, y empecé a decorar mis frases con palabras como «cacofónico» y «consanguinidad».

Conseguir que los editores se disputasen mi primer *opus* no fue difícil. Al primero que apareció, le expliqué que estaba escribiendo sobre un tema que todo lector lleva muy cerca del corazón. Mi primer libro, hice sabor, se titularía *Camas*. Y enarqué significativamente una ceja, y luego otra.

La noticia corrió como reguero de pólvora por el mundo de la edición. Casi se matan todos para hacerme firmar un contrato. Tened presente que aquellos eran los días de la Prohibición.

Acepté la primera oferta con gancho: dos docenas de cajas de whisky escocés. Y no porque me quemase la sed, ni porque fueran a engancharme un

bloque de cemento en alguna de mis extremidades si no me ponía a trabajar. ¿Para qué andarme con titubeos si había decidido escribir un libro?

Underwood en ristre, me senté ante el escritorio y empecé a dictar. Tenía que concluir deprisa. El escritorio no estaba pagado. La señorita Agnes, mi secretaria, puso objeciones a mi puntuación, pero yo estaba convencido de que un pequeño asterisco aquí y allá no hace daño a nadie. Sin embargo, aunque hice cuanto pude, acabar el libro me tomó largo tiempo. Casi una semana.

—Acuérdese de que Roma no se levantó en un día, señorita Agnes — advertí—. Y, si se acuerda, es que es usted mucho más vieja que yo.

(Roma tenía que hacerse en ocho días. El contratista pensó que levantar Roma no tomaría más tiempo del que tomó crear el universo. Tenía que haber hablado conmigo. Mi hermano era italiano. Chico empezaba una frase el miércoles, y entre que concluía las comas y le ponía el punto, ya era viernes. No me sorprendería nada que levantar Roma les llevase más de tres semanas. O el doble incluso).

Por fin, se publicó *Camas*. ¡Qué memorable acontecimiento aquel día de otoño de 1929! Fue la ilusión de mi vida —un tipo como yo, sin instrucción, y una taquígrafa alta y rubia, codeándonos con inmortales como Shakespeare, Tolstoi y Longfellow. Me vi en el más allá, al otro lado del paraíso, discutiendo con ellos de taquígrafas altas y rubias.

Mientras el editor lanzaba mi libro a tambor batiente, el mercado de acciones se desplomó con un golpe sordo. En vez de precipitarse a comprar *Camas*, la gente se metió en las suyas. Lo mismo que yo.

Hubo quien tomó la salida más airosa. Saltar. Yo hubiera saltado también, pero mi habitación no tenía ventanas.

En el tejado, encima de mi cuarto, se aglomeraba tanta gente para tirarse, que tenían que pedir turno. Procuré olvidar que mis 250 mil habían saltado sin necesidad de turno de ninguna clase.

En los cuarenta años que siguieron, la gente no quiso tener nada que ver con *Camas*. Familias enteras dormían de pie. *Camas* se quedó en dique seco cuando podía caerse la sopa en la miel. Pero lo que cayó en la sopa fue mi antaño esplendorosa pelambarrera. Hasta que un editor se puso en contacto conmigo para reimprimir *Camas*. Se le habría subido el alcohol a la cabeza. Mis cabellos habían bajado en número.

Junto con el contrato, me tendió veintitrés páginas llenas de preguntas que *Camas* había dejado sin respuesta.

—¡Protesto! —protesté—. Es una obra *definitiva*.

Di una patada en el suelo. El suelo no dijo nada. Agarré la boina y salí

hecho una furia. Iba a doblar la esquina cuando me di cuenta de que había dejado al editor sentado en *mi* vestíbulo.

Volví sobre mis pasos. El editor llevaba ahora la ventaja. Me miró con ironía.

—¿Por qué no escribe lo que entretanto haya aprendido de camas? — insinuó.

Y siguió cortándose las uñas de los pies. Comprendí que él y yo veíamos las cosas de la misma manera.

Al menos, esta «Introducción» debe contestar a una pregunta candente: «¿Pierde el chicle su sabor de la noche a la mañana si se lo deja pegado en una pata de la cama?».

Y ¿qué pasó con *Camas* entretanto? La edición original se ha convertido en una pieza de colección cuyo precio ni siquiera yo podría pagar. Contaría qué pasó en enero de 1939, pero prefiero hablar del 13 de abril de 1931.

Bueno, basta de digresiones. ¿Qué pasó entretanto con *Camas*? Pues la cama de motel; la cama gigante, en la que caben muchos enanos; la cama de agua.

Los moteles han proliferado como setas desde que se publicó *Camas* por primera vez. Bien dispuesto a ponerme a la altura de los tiempos (siempre tengo una banqueta a mano), decidí mudarme a un motel.

La cama era muy estrecha. Podías caerte a cualquier lado. Un día me caí, y allí me quedé tirado veintiséis meses. Fui rescatado al fin, cuando me expulsaron del motel por tirarme a la madre del dueño.

Algo tenía que hacer para que me rescataran.

Eso es todo cuanto tengo que decir en lo que a moteles se refiere: «Aquí dormí Groucho Marx... mal».

Y ya que estamos en el tema, ¿qué pasó con las camas *Murphy*? Algo desconcertante. Tan anticuadas quedaron que generaciones enteras no han oído hablar de ellas. Es una cama que se saca de un armario y que invariablemente te da en tu cabeza. Abres la puerta y la cama baja a por ti. Francamente, prefiero mi colchón, por muchos bultos que tenga. ¡Pobre Murphy! ¿Qué fue de él? Le perdí la pista desde que se alistó en la Marina.

Esto me lleva a las camas de agua. Tráeme la cama de agua, Hilda. ¿Tengo que hablar sobre las camas de agua? Ah, ¿nunca habéis discutido el tema en promiscuidad? Ya me lo figuraba. Bien, si nos dejáis solos, caballeros, le contaré a esa encantadora personita que se sienta a mi lado, impúdica desvalida, todo cuanto hay que saber acerca de Arquímedes.

Supongo que había que inventar las camas de agua. Ofrecen la única posibilidad de beber algo a media noche sin pisar al gato.

Había que inventar la nevera. Edison tuvo que inventar el piano. ¿Se imaginan lo tétrica que puede ser una fiesta sin piano? Por eso llamaron a la época que lo precedió la Edad de las Tinieblas.

Con todo, se puede organizar una fiesta sin necesidad de piano. ¿Se imaginan una fiesta en la cama, con un piano? En lo que a mí concierne, no me suena bien. Aunque si yo fuera parte de la fiesta, sería otra cosa, naturalmente.

Respecto a las camas gigantes, ¿qué queréis que os diga? Además, ¿qué pinto yo en una cama gigante? Es ridículo, vaya. ¿Me habéis tomado por Pulgarcito? Vivimos amontonados en la parte baja de Nueva York. Pero tampoco hay que exagerar.

Dicen que en una cama gigante pueden dormir cinco personas. Pues los cinco hermanos Marx dormían en una cama doble, dos a cada extremo. Claro que eran los años treinta. Y mi prima Polly no contaba.

Duermo ahora en una cama muy sofisticada, con muchos botones para levantar la cabeza y los pies. Como la mecánica nunca se me ha dado bien, muchas noches tengo que dormir en un ángulo de cuarenta y cinco grados. A veces, en mitad de la noche, marco una combinación que me dobla en tres, como un desplegable de «Playboy».

Entra con el carrito del desayuno la enfermera del piso superior, cosa extraordinaria considerando que yo soy bajito.

—Es hora de levantarse, Groucho —me espeta, con voz que parece un ladrido.

Quisiera pedir unos minutos más de reposo, pero no me da tiempo: al apretarse un botón, me encuentro en posición vertical, con la azotea debajo de la nariz.

La realidad de mi presente condición me golpea de lleno en el rostro.

Me subyuga la promesa de un nuevo día, de antiguas amistades que renovar, nuevas amistades que iniciar... no, lo escribiré de otra manera... hay miles de cosas que hacer todos los días. Fuera la colcha. Salto de la cama. Me dispongo a enfrentarme con la vida.

Tomo a la taquígrafa en mis brazos y releo las páginas precedentes. ¿Dónde podría resumir? ¿Qué podría mejorar?

La taquígrafa aguarda, con el lápiz y el bloc de notas preparados. Yo continúo escrutando con atención.

Pronto se impacienta.

—¿Qué hay de nuevo en materia de camas, Groucho? —pregunta.

—Lo no va más eres tú —replico.

1

Ensayo sobre las ventajas de dormir solo

N/E: El autor decidió dejar en blanco este capítulo.

2

Considerando que un tercio de nuestra vida se consume en la cama —o dos tercios si eres actor, o tres tercios si vives en Peoria— siempre me ha parecido extraño que la vida camera de cualquier persona corriente sea un libro cerrado para los amigos y conocidos.

Un hombre no vacilará en contarte cómo se marcó cuatro puntos (sin hacer trampa, claro) en el difícilísimo séptimo hoyo de Shandy Gaff; o te explicará también, condenado mentiroso, que se ducha con agua fría todas las mañanas. Pero como entre en una habitación y diga: «Amigos, quiero contaros lo que me pasó en la cama anoche», los maridos se ponen a sacarle brillo al revólver, las esposas buscan el espejo y el lápiz de labios, y en pocos minutos reina el caos.

Y eso que el infeliz, producto de la nueva escuela, o tal vez de ninguna, probablemente no pretendía otra cosa que relatar alguna inofensiva experiencia sobre contar ovejas.

Me parece una grave injusticia. Como hombre que ha pasado los dieciséis años más felices de su vida en la cama, hago pública mi protesta por un dólar en todas las librerías (un dólar diez, pasado el límite de tarifa normal del taxi). No voy a divulgar la historia completa de mi vida en la cama: eso os costaría otro dólar. Aunque quizá podría sacar hasta cinco dólares añadiendo unas ilustraciones verdes de Papé y un mandato del departamento de policía de Boston. Pero olvidemos este sórdido comercio.

A lo largo de mi vida, dentro y fuera de los colchones, jamás he comercializado mi prestigio de conocedor de camas. Nunca me he permitido avalar el colchón Blank y, en cierta ocasión, decliné una oferta de siete dólares

y medio por dormir en el escaparate de unos almacenes, para publicitar un colchón de muelles inoxidables. Fue el año en que padecí insomnio, o padecí mi cama, no estoy seguro. En fin, siempre he tenido muy presente el viejo dicho de que, debajo de la cama, somos todos iguales.

Únicamente sé de un hombre que amaba las camas más que yo, y él mismo me contó su historia una semana antes de que le colgaran. El amor que sentía por su vieja cama era algo realmente hermoso, conmovedor. No consentía que ningún extraño durmiese en ella. Una noche, al regresar a casa, se encontró con un desconocido metido en su cama y le mató de un tiro. Luego me aclaró:

—Que mi mujer estuviera en la cama, no me importó, porque, después de todo, es de la familia. Pero aquel individuo no era amigo mío.

Es la única vez que he oído de alguien, que fuese a la horca por una cama.

Hay un viejo dicho en nuestra familia (bueno, lo dijo Harpo ayer —no, fue el jueves por la noche; o quizá fuese Chico —sí fue Chico, era el martes) que dice: «No vale la pena hacer nada que no puedas hacer en la cama». ¡Qué gran verdad!

Porque, además de para dormir, razón de por sí suficiente para comprar una cama, esta pieza de mobiliario resulta especialmente útil para esconderse debajo, o comer galletas mientras le explicas a la parienta que todavía puede aprovechar el abrigo del año pasado. La experiencia me enseña que las personas se muestran más propicias a atender a razones cuando están en la cama.

Una de las diversiones más populares y útiles a la que uno puede entregarse en la cama es la de contar ovejas. Todo el mundo sabe que, sumando ovejas, pronto se queda uno dormido, pero yo me pregunto ahora cuántos saben que restar ovejas, desvela. ¡Justo lo que me imaginaba! El único capaz de contestar es el pequeño Emil Schwartz, de once años y cuarto, vecino de Winona, Minnesota. Muy bonita tu carta, Emil, pero has de aprender a no dormirte en clase.

No quiero ser aguafiestas, pero la pretensión de ese concejal de Filadelfia de que ha contado más ovejas en una noche que ninguna otra persona en el mundo, me parece ridícula. Afirma haber llegado a 336.759, pero yo sé positivamente que contó trescientos sesenta y cinco corderos y cuarenta y ocho contribuyentes y, si eso no le descalifica, entonces es que a no hay justicia.

Al contar ovejas, tengo por norma descontar todas las que van con piel de lobo.

En realidad, aunque llegara a los ciento veintiocho años (no olvidéis que

pillo unos catarros tremendos), jamás entenderé que una oveja, con toda la lana que tiene, necesite una piel de lobo.

Y además, ¿a santo de qué viene toda esa historia de vestirse de lobo? Cuando piensas en esos pobres niños de Brooklyn que han de llevar viejos trajes de confección rebajados, y en los jóvenes montañeses de Carolina del Norte que no tienen zapatos, esta debilidad por los lobos me parece un hábito particularmente perverso.

Después de todo, ¿qué ha hecho el lobo por nosotros? ¿Acaso ha aportado algo a la literatura, aparte, tal vez, el cuento de la Caperucita Roja, que él ni siquiera escribió? Conste que no tengo nada personal contra los lobos. Don Porfirio Lobo y señora, de Aguas Calientes, se cuentan entre mis mejores amigos, pero un escritor no debe permitir que los sentimientos empañen su buen juicio.

No me indignaría que los lobos se vistieran si su atuendo les sentara bien. Pero, ¿habéis visto a qué se parece un lobo vestido de smoking? ¿Habéis visto un lobo con botines? Cierto es que un leopardo no puede cambiar de botines, pero ¿dispensa esto al lobo?

Confío en que tengáis todo ello muy en cuenta esta noche, cuando empecéis a contar ovejas.

Como soy una célebre autoridad en camas (la última celebración me costó treinta y dos dólares y una jaqueca), recibo millones de cartas solicitando mi parecer sobre la materia. Ayer precisamente, un comerciante de muebles de segunda mano de Detroit quería saber por qué, al comprar camas gemelas, una está siempre más gastada que la otra.

La respuesta es muy sencilla. Las camas, igual que los niños, se parecen mucho cuando son gemelas. Por ejemplo, tomad (os los podéis quedar casi por nada) los gemelos de mi vecina, Amos y Ellery, tan parecidos que ni su madre puede distinguirlos. Su padre tampoco —pero lleva diez años sin poner los pies en casa. La única diferencia entre los dos radica en que Amos tiene un diente y Ellery no. Así que, cuando su mamá quiere saber quién es uno y quién es otro, le mete un dedo en la boca a Ellery, y si la muerde, ya sabe que es Amos.

Las camas gemelas, por su parte, no tienen dientes, ni se les da nombre —a menos que uno, a oscuras, se dé un trastazo con alguna de ellas. Es un detalle que cuenta, porque a menudo las parejas se confunden y se meten en la misma cama por error, lo cual explica que una se gaste con mayor rapidez que la otra. Confío en que esto quede bien claro, amigos míos.

Y aquí tengo otra pregunta de un tal Lonergan, de Kansas City, que debería avergonzarse.

Como bien dijo Pope cierta vez (hasta que no consulté uno de esas enciclopedias no me enteré de que no era un pope): «Dialéctica, el más rico banquete de la mente». Lo que con eso quería decir es que... adonde quería llegar es a... bueno, no creo que pueda expresarse con mayor transparencia.

Tal vez tenía que haber empezado este capítulo con un pequeño poema — pongamos un pareado— de Thomas Hood:

¡Oh, cama! ¡Oh, cama! ¡Cama deliciosa!

¡Cielo en la tierra para la cabeza dolorosa!

En términos más prosaicos, quiere decir que una cama va al pelo cuando se tiene jaqueca.

Pero de las camas no me interesa su propiedad de aliviar el dolor, sino las horas felices que uno puede vivir en ellas. Durante mi reciente estancia en Francia [Nota al editor: procuraré hacer ese viaje antes de que aparezca el libro para no pasar por mentiroso], visité al menos nueve familias que decían poseer la auténtica cama en que había dormido Napoleón antes de sorprender a los austríacos, o a Josefina, o a quien quiera que sorprendiese. A juzgar por el número de camas en que tuvo que dormir Napoleón, nunca debió de levantarse, como no fuera para acostarse.

Dicho esto, yo lo que creo es que Napoleón no se pasó en la cama el tiempo suficiente. De haberse quedado en su lecho con dosel cuando sonó la alarma, no habría conocido Waterloo, pero ahora conocería probablemente a alguien mucho más interesante.

3

El profesor Hans Heimway, gran autoridad vienesa en psicología de masas (resulta que le amasaron en una cocina cerca de mi casa, así que pude conocerle muy bien), me rogó un día que le explicase el porqué del prejuicio puritano contra la palabra *cama*.

—¡Señor Freud, señor Freud! —aulló (siempre nos confundía a los dos, aunque, a decir verdad, ya nos confundían antes de conocerle)—. ¿Cómo interpreta el hecho de que las jóvenes parejas victorianas, particularmente al prometerse en matrimonio, eluden siempre toda referencia a las camas?

El profesor pensó que me había metido en un brete, pero por algo he dormido en 862 camas. Y, si creéis que se puede dormir en una cama por nada, es que no sabéis nada de detectives de hotel, o de sabuesos, como les llaman en caso de apuro. Podría contaros una historia interesante acerca de un

sabueso de San Luis, pero estoy dictando esta disertación a una taquígrafa que ni se ha casado ni ha estado en San Luis... ¡Vamos, vamos, señorita Agnes, séquese esas lágrimas y llámeme tío Groucho! No soy ningún canalla. *Yo quere mucho a chica buena como usted.*

El término «cama», informé a Heimway, se deriva del sánscrito «kama», que en la mitología de la India, designa al dios del amor; con el tiempo se corrompió hasta confundirse con el mueble donde se suele hacer el ídem. Y la expresión «hacer las camas», tan popular entre las amas de casa, se originó a partir de la propuesta galante que un cocinero indio le hizo a una chica de Brooklyn.

Sí, señor, he dormido en camas de todas clases, desde una cuna hasta un lecho de rosas (o quizá fuera de mariquitas —el guarda del parque me vio antes de que pudiese cerciorarme). He probado hasta la cama del granjero, tan recomendada en los cuentos sobre maestros de escuela y viajantes. Es una experiencia que sólo puedo recordar con tristeza; no me despertó, como está mandado, la mujer del granjero, con un plato de pasteles y una sonrisa hospitalaria. Me tuvo despierto toda la noche un colchón apelmazado, probablemente relleno con cemento de baja calidad. Y la mujer del granjero, como supe después, ni siquiera estaba en casa. Se había fugado tres años antes con un viajante de pantalones en camisa blanca [4], otra razón por la cual tantos actores se niegan a salir de Nueva York.

Hay quien habla ocasionalmente de la cama de matrimonio. En realidad, no existe tal cosa. Hay coristas que se casan un avión, en una emisora de radio o en la cárcel, pero ni siquiera la prensa amarilla ha hablado nunca de nadie que se haya casado en la cama. No es que me parezca mala idea, pero mejor cambiamos de tema, porque la mente de ciertas personas no es tan limpia como la vuestra o la mía. ¿Creéis que los Giants ganarán el campeonato el año que viene? ¿No está estupenda Peggy Joyce? Ya sabía yo que su último divorcio la entonaría. ¿No os parece que Bernard Shaw no se cansará de rumiar tomates, cebollas, rábanos y ruibarbos? ¿Y creéis que Accesorios para Alcantarillas Miggle's —tan vergonzosamente maltratados, si queréis que os diga— volverán a cotizarse a treinta y siete enteros? (Yo fui uno de los primeros treinta y siete en partirse por el medio). Y ya que estamos en plena digresión, si Sarah y Ann tienen la bondad de retirarse (ya me habéis oído, pequeños monstruos), os contaré una anécdota.

Cuando estalló el gran incendio de Chicago, había una vieja en el piso treinta y dos de un edificio de apartamentos de Madison Street. Las llamas lamían la fachada del inmueble y, claro, la anciana estaba aterrada.

—¡Salte a la red, abuela! —gritaban los bomberos.

Pero la mujer seguía teniendo miedo.

—¡La red! —repetían los valientes apagafuegos—. ¡La red!

—Pues tírense ustedes —replicó la vieja, haciendo acopio de valor para saltar.

Amigos míos, los bomberos rieron, rieron y rieron hasta saltárseles las lágrimas. A los muy imbéciles se les había olvidado traer la red.

Estos pequeños ensayos son en realidad un alegato en favor de un estudio más constructivo sobre las camas. El viejo Groucho no creerá que ha vivido y ha muerto (eso ocurrió en el teatro Orpheum de St. Paul, pero la culpa fue de la orquesta) en vano, si el presidente Hoover nombra a una comisión que investigue cuanto ocurra en las camas de los contribuyentes. Puedo aseguraros, innumerables radioescuchas, que la comisión aprenderá cosas pasmosas, cosas que harán mejores a sus miembros, hombres y mujeres. Descubrirá, por ejemplo, que la vida moderna ha progresado a lo largo del último par de siglos en todos los sentidos menos en uno. Nuestras camas, damas y caballeros, no son más útiles, ni más cómodas, ni más hermosas que lo eran en los días, y tal vez en las noches, en que Nell Gwynn echaba cabezadas en el dormitorio del Rey Carlos.

Todo el problema radica en esto, señor Hoover, si es que la opinión de un viejo experto en camas significa algo para usted (y confío en que haya olvidado que voté a Al Smith). Científicos e inventores no han prestado la menor atención a las camas. De entrada (medio dólar la platea, dos centavos el gallinero), Thomas Edison lo ha confesado: duerme únicamente cuatro horas al día, a menos de doblarse en dos en la cama, lo que eleva el total a ocho horas, aunque lo dudo. Y peor aún, va e inventa el fonógrafo, con lo cual ya no va a dormir nadie.

¿Qué me dice usted de eso, señor Hoover? Recuérdelo, nosotros los votantes, y cuando digo nosotros los votantes, me refiero ti, y a ti, y a ti, a cada uno de vosotros —como digo, nosotros los votantes tendremos un par de cosas que decir en 1932.

Pero no quisiera dar la sensación de que estoy descorazonado. El viejo Groucho, ¡ni hablar! Porque precisamente ayer hablaba yo con un inventor que arde en interés por las camas del país. Está trabajando, según me explicó, en un pie de farola capaz de doblarse en forma de cuna, con lo cual tienen los guardias asegurada toda la noche de reposo.

Fijaros en que ese hombre no es un inventor de segunda categoría. Si no fuera lo que es, ¿creéis acaso que os robaría vuestro precioso tiempo? Se trata del hombre que ha perfeccionado la nueva trampa sin agujeros para ratones. El ratón que, al oler el queso, se acerca a la trampa, queda atónito al no hallar agujero por donde meter el hocico, se disgusta y exclama:

—¡Al diablo con eso, vayamos a la puerta de al lado, donde las trampas tienen agujeros!

Cuando se consigue que semejante genio se interese por las camas, ¿quién sabe adónde podemos llegar?

Un lector de Clinton, Iowa, desea conocer el origen de la expresión «A moro puesto, cama hecha». Bueno, es una larga historia, pero no tengo que ir a ningún sitio, igual que los Braves de Boston. A fin de cuentas, me he visto todas las películas que echan en la ciudad, menos *Animal Crackers*, y estoy empezando a hartarme de esos Hermanos Marx, sobre todo de ése con un mostacho negro que habla por los codos. Pero ya es hora de complacer a nuestros clientes de Iowa.

Todo ocurrió hace diecisiete años, que lo diga Mickleberry, cuando el puente de Brooklyn era todavía un campo de trigo y Persia acababa de fusionarse con Arabia (luego se anexionarían el banco Chase National, para convertirse en la segunda empresa más grande del mundo, pero esta historia puede esperar). De todas formas, allí vivía una joven árabe que se llamaba Coffee. Su belleza era salvaje, con un cabello castaño que flotaba al viento y una falda blanca que no permitía dudas acerca de su sexo (más adelante reveló que era hembra). Los moros estaban majaretas por ella, y ella les correspondía en idéntica medida. Todo habría ido muy bien, de no ser por la madre de Coffee, una bruja arrugada a quien habían estirado tanto la piel que parecía un tambor (un atrevido, que se arriesgó a tocarla, declaró que sonaba peor que una gaita). Con gemidos chillones y obscenos la vieja deploraba la tentadora conducta de Coffee, acaparadora de todos los moros que valían la pena. La hermosa Coffee, montada en su blanco corcel, atravesaba el desierto al galope, perseguida con ardor por los jeques enfebrecidos, que no estaban de humor para dejarse manejar como títeres. Una y otra vez describían círculos sobre la arena candente, y la salvaje Coffee les llevaba siempre una vuelta de ventaja, mientras los moros se enardecían más y más. Horas y horas seguían sumidos en su loco torbellino, sin comer ni beber, hasta que los caballos caían reventados y los jinetes salían despedidos de la silla, jadeantes y exhaustos. Y dio la casualidad (una casualidad que no se volverá a repetir en vuestra vida ni en la mía) que todos los jeques cayeron justo delante de la tienda ocupada por la madre de Coffee. Al oír la vieja los cuerpos que caían, salió corriendo para contemplar a los fatigados jinetes, apiñados en un confuso montón. Se volvió entonces a su hija y exclamó:

—¡No vuelvas más a mi tienda! Ya tienes puestos a tus moros, ahora hazte la cama.

No, realmente no ha vuelto a haber dormilones de categoría desde que Rip Van Winkle se echó una siestecilla de veinte años. Pero apuesto un donut

contra un dólar que no habría dormido más allá de un par de años si llega a tropezarse con un botones. En un hotel de Cleveland, no hace mucho, mientras yo me familiarizaba con una interesante cama, nueva para mí, sonó un fuerte golpe a la puerta. Me alisé instintivamente el cabello (la primavera estaba al caer) y pregunté, expectante:

—¿Quién es?

—Una carta para usted —respondió el botones.

—¡Échala por debajo de la puerta! —repliqué, alborotándome otra vez el cabello.

—No puedo, señor —objetó el botones—. Está en una bandeja.

Unas horas más tarde, nos despertamos —el «nos» es editorial— al sonar nuevos golpes a la puerta. Era el mismo botones; jamás olvidaré su voz.

—Son las seis —anunció.

—¡Pero si dije que me despertaran a las diez! —aullé.

—Lo sé —nos informó—. He llamado únicamente para decirle que le quedan cuatro horas de sueño.

Me alegro por el viejo Rip de que nunca tuviera a un botones cerca.

Ya he hablado del extraordinario apego que ciertos hombres sienten por su cama, y de la ira que les invade si descubren a un extraño en ella. He oído hablar —pero si estuve allí, ¡qué demonios! —, de extraños que saltan de un tercer piso al ser descubiertos en la cama favorita de alguien.

Me parece lamentable que salto tan peligroso sea necesario. Los hombres que sientan predilección por una cama (*monocameros* les denomina Heimway) deberían tener en cuenta que algunos de sus semejantes (*policameros*), igualmente honrados y sinceros, prefieren variedad en las camas. Estos (los *policameros*) no tendrían que someterse al peligro y la humillación de saltar de más de dos pisos. Y, aun en tal caso, debería de concedérseles un par de minutos de ventaja en la salida.

Lo contrario no sería deportivo. El propietario de la cama entra, descubre al extraño, quizá miembro de la vecindad, tumbado en el colchón, ¿y qué ocurre? Emite un aullido desconcertante, agarra una silla, y al visitante apenas si le queda tiempo de buscar los zapatos. Todas las circunstancias están contra él. Excepto la ventana, no se le ofrece otra salida. Y no dispone casi de argumentos, porque, claro, no va a decir:

—¡Sorpresa, sorpresa!

Resultaría demasiado obvio. Tampoco puede declarar:

—Señor mío, de camero a camero, quiero felicitarle por la suavidad de su colchón y la elasticidad de los muelles.

Considerando el estado de humor del *monocamero*, es de dudar que correspondiera al cumplido.

Mi opinión personal sobre la materia es la siguiente: cuando se pille a un *policamero*, hay que despedirle cortésmente, o pegarle un tiro. Ya estoy harto de encontrármelos en el club y oírles contar historias que, como hombre de cama profesional, quisiera haber escrito yo mismo.

4

Se ha dicho que hay una novela en la vida de toda persona, y supongo que así es. Pero ningún libro estaría a la altura de la novela que podría escribirse sobre la señora que hace las camas en el palacio del sultán. (Lo que el sultán haga en su palacio es asunto suyo, o mejor lo ponemos en plural).

Por cierto, dudo de que ninguno de vosotros conozca la verdadera historia de cómo llegó el sultán a llamarse así. Me refiero a la VERDADERA historia. Por una extraña pero afortunada coincidencia, la supe por boca de un viejo califa, una noche en los baños turcos.

—Cal, ¿cómo le dieron al sultán ese nombre? —le pregunté al califa.

—Estamos ahora a 54 grados. Subiré la temperatura a 60 si puedes resistir un poco más de calor —replicó el califa, que era un poco duro de oído.

Me iba a derretir como un bizcocho, pero no me sentía con ánimos para discutir. No quise recordarle sus promesas electorales, cuando nos aseguraron que Con Cal, Siempre a Cal y Canto.

Como podéis imaginaros, me sentí considerablemente aliviado cuando el califa me tendió sobre la tabla de masaje, donde podíamos hablar de historia. Le repetí la pregunta, y él me contestó en turco, idioma que, por haber coleccionado durante años cupones de tabaco, entiendo perfectamente. Os lo contaré exactamente tal como me lo contó el califa que, dicho sea de paso, es un *masseur* bárbaro. (El femenino de *masseur* es *mademoiselle*).

Al parecer, a finales del siglo XVI, el hombre que gozaba de harén y hacienda mayores en Turquía se llamaba Ali Mahib. Cuando Alí se montaba en el ascensor para subir a su oficina, que estaba en la novena planta, le sonreía a todas las mujeres del camarín. Y algunas de ellas, al no saber quién era, salían diciendo que un hombre las había insultado.

Lo cierto es que Alí Mahib no pretendía flirtear con las mujeres en el ascensor. Como tenía tantas esposas, no se acordaba de la cara de todas; así que sonreía a cuanta dama se cruzaba en su camino, no sea que fuese su señora. Y, claro, las mujeres que no estaban casadas con él, salían exclamando:

—¡Esto es un insulto!

Resulta que *insulto* se escribe *insultán* en turco académico. Y no transcurrió mucho tiempo antes que los indígenas llamasen a Alí el Insultán, que con el tiempo quedó reducido sencillamente a Sultán.

Y, cuando Mahib se convirtió en el gobernante supremo de su país, era ya un anciano; de modo que adoptó oficialmente el título de Sultán, manera hábil de recordar a sus conciudadanos que en otro tiempo había sido un diablillo con las mujeres.

Algunos de mis críticos, granujas redomados, ponen en tela de juicio la utilidad de mis investigaciones como hombre de cama.

—¿Qué ha hecho usted, o al menos sugerido, para mejorar las bonitas camas de otros tiempos? —me preguntan—. Nuestros padres nada tuvieron que objetar contra ellas, pues, de lo contrario, ninguno de nosotros estaría aquí.

Esas son las preguntas que me gustan; preguntas que van derechas al grano —como Labe Smythe, responsable del territorio de Dakota del Norte para la firma Wentz, Wentz & Wentz, hasta que el viejo Wentz (el que hacía trampa jugando a las cartas) fue y se murió. Por doquiera que Labe fuese en su coche, que soltaba una nube de humo, decía siempre:

—Caballeros, si ninguno de ustedes tiene otros planes, podríamos hablar de señoras ahora mismo.

Ahora bien, a mí no me gusta soplar gaitas (aunque dicen que tengo un don natural para el piccolo), pero como dijo el poeta:

Niño Azul, ven a soplar tu trompa;

O, si no, déjate de trompas; sopla.

(Hasta que el editor me explicó que este pareado era impresentable, yo creía que un pareado era una porción de jamón entre dos trozos de pan. En fin, el mundo es un pañuelo, y bueno, ¿cuándo parará de llover?).

No voy a caer en la timidez y negar que, gracias a mis honrados esfuerzos —trabajar duro y sin mirar al despertador—, el país ha adquirido, por fin, conciencia de cama. Cuando lancé mi primera campaña contra la normalización de las cunas, ¿qué conseguí? Un telegrama de los almacenes Shubert, diciéndome que por qué no me ocupaba de mis asuntos, y una carta

de un inspector postal de los Estados Unidos, pidiéndome que tuviese un poco más de cuidado. Las señoras decretaron que yo era un radical de alcoba, y varios de mis amigos se burlaron de mí.

Alexander Woollcott me tachó de soñador, sólo porque soñé con corredores de bolsa de encerado bigote que me perseguían desde el cruce de Broadway con la calle 42 hasta la Casa de Caridad.

¿Sueño ahora? No. Ya no, desde que desdeñé la cama tradicional, más larga que ancha. Veréis, soy de esa clase de individuos que invariablemente duermen hechos un ovillo. Lo que requiere mi temperamento y mis costumbres, evidentemente es una camita circular, cuya forma sea algo así como tres cuartos de donut, sólo que se ajuste con mayor facilidad al estómago. En otras palabras, una silla de montar que no lleve caballo.

Pero no me interpretéis mal. No os recomiendo la cama donut —a menos que pertenezcáis a la categoría del durmiente circular como yo. En el caso de un durmiente zig-zag, es necesaria una cama en zig-zag, que tenga forma de zeta. Y, por supuesto, hace falta una cama triangula para los que... pero con estos gráficos quizá lo veréis más claro. A mí ya me tiene aburrido el tema.

Antes de poner punto final a este capítulo (pensabais que no sería capaz de terminarlo, ¿verdad?), quisiera formular varias observaciones que pueden ser valiosas para los estudiantes de psicología camera.

En primer lugar, está la práctica del *boudoir*; ilustraré este tema con el caso de James James Morrison Morrison, un viejo *roué* al que odiaba la casi totalidad de los maridos de Flatbush. James James era un auténtico canalla. No sólo era indiscreto con las mujeres, sino que tenía la costumbre de firmar cheques con el nombre de otras personas.

Un día, fue a parar a la cárcel por falsificación, y durante meses intentó escapar. Pero sin éxito. Sin embargo, su larga práctica de *boudoir* le salvó. Una tardé, un guardián golpeó de pronto la puerta de J. J. y J., instintivamente, saltó por la ventana.

La moraleja, como solía decir el profesor Fred Alien en sus conferencias, es que el dinero de un tonto pronto abandona a su dueño, pero no hay quien despegue un peluquín de 2 dólares.

No siento mayor estima que vosotros por el *Cimex lectularis*, vulgarmente (demasiado vulgarmente, dicho sea de paso) conocido como chinche. Pero creo que ya es hora de decir algo en su favor.

Muchas personas echan insecticida en las camas para envenenar al diminuto *cimex*, pero ¿qué dirían si el diminuto *cimex* intentase envenenarlas a ellas? Esas mismas personas cambian las sábanas todos los días (bueno, quizás

exagero) para su propia conveniencia, pero ¿cuántas veces cambian el colchón pensando en la comodidad del *cimex*? ¿Y ha oído alguien quejarse al *cimex* alguna vez? En el fondo de vuestro corazón, ya sabéis cuál es la respuesta a esa pregunta.

En cierto modo, algunos de nosotros estamos en deuda con el *cimex*. Me refiero a su célebre silencio. ¡Cuántos divorcios y crímenes se habrían producido, cuántas hermosas actrices habrían sido expulsadas de Hollywood, si esos minúsculos y reticentes insectos hablasen y contaran todo lo que saben! Pensadlo bien la próxima vez que pretendáis sacrificar al indefenso *cimex*.

Pasemos a otro ítem de psicología camera. He observado que, cuando un hombre se casa por primera vez, siempre es el primero en meterse en la cama —porque quiere calentarla para la novia. Cuando ya lleva cinco años de matrimonio, sigue siendo el primero en encamarse... pero por una razón diferente. No quiere tener que darle cuerda al reloj, apagar la calefacción y las luces, y comprobar si la doncella está bien tapada.

A la mañana siguiente, huimos en barco a Egipto.

5

Estas pequeñas charlas sobre la cama resultarían incompletas si no tocáramos el tema de cómo dormirse. Ciertas personas tienen la costumbre de llorar hasta que se duermen, pero yo no puedo recomendar formalmente semejante método. De entrada, es necesario un motivo suficiente para llorar, y no todos compraron General Motors a 130.

Para inducir al llanto que induzca al sueño, Herr Heimway sugiere que os hagáis sorprender por vuestro jefe robando sellos de su escritorio unos diez minutos antes de la hora de salida. Con ello se consigue un efecto depresivo que, mediante la autosugestión, puede llegar a producir lágrimas por la noche.

Pero hay muchos otros métodos, si uno se toma interés. Conocí en cierta ocasión al cajero de un banco capaz de llorar hasta dormirse cuando conseguía en su contabilidad un déficit cercano a los 12.000 dólares. Para conseguirlo, no obstante, hay que hacer equilibrios con los libros. Y, por ser un individuo incapaz de poner dos naranjas de pie aunque en ello le fuese su (mi) vida, me declaro la última persona en el mundo en recomendar el método bancario para conciliar el sueño.

Aunque me siento predispuesto en favor del sistema de robar sellos, no garantizo su eficacia. Ni puedo tampoco refrendar sin reservas la sugerencia del anciano Dr. Yama de que «el insomne puede alcanzar un estado lacrimoso

susceptible de somnolencia por el expediente de anunciar a su esposa que se desplaza a Florida en viaje de negocios, para luego volver de improviso y sorprenderla en brazos de, pongamos, el señor Moosel, el casero. Por este procedimiento, el insomne tendrá motivo sobrado de llanto por la noche».

Francamente, el método del viaje a Florida no me parece nada práctico bajo ningún concepto. Da la casualidad de que conozco al señor Moosel y las probabilidades de que se le pille alguna vez con la esposa de uno son de tres contra una. En primer lugar, porque siempre lleva a sus damas a su propio apartamento, donde tiene un ayuda de cámara japonés y una alfombra de piel de oso. El hecho de que el japonés no haya cobrado su sueldo en tres meses, y que el oso sea en realidad Bonzo, el imitador de animales, no impide al señor Moosel pavonearse y destrozar hogares.

No, señor; un hombre con sus atributos, ni hablar. (Si sabré yo de atributos, porque los Marx no son uno, sino tres).

Durante mis años formativos en el colchón, me entregué a profundas cavilaciones sobre el problema del insomnio. Al comprender que pronto no quedarían ovejas que contar para todos, intenté el experimento de contar porciones de oveja en vez del animal entero. Pero no dio resultado. La primera noche de esta investigación, empecé contando las cuatro chuletas de cordero que me había comido para cenar, y me tuvieron en vela toda la noche.

Desde aquellas horas monótonas, he intentado otras experiencias con mayor éxito. He descubierto al menos un centenar de sistemas para matar el tiempo. (No diga tonterías, señorita Agnes; ésa no es más que una expresión poética. Aunque sea mi peor enemigo, yo no haría nunca tal cosa. Además, es usted mi secretaria, y no voy a consentirle comentarios sobre lo que escribo. Otra observación como ésta, y tendré que pedirle que se levante de mis rodillas).

He constatado que pueden dormirme las siguientes cosas: un quinto cóctel; un Mickey Finn, que es conocido en los clubs nocturnos como Mickey Finn; tenores que suspiran melodiosamente por Alabama y anhelan ir allá tanto como yo volver al reformatorio; una carta de tía Susie; las últimas novelas de Henry James —jamás abrí las primeras; un concierto de Bach, aunque la cerveza de Bach me amodorra más todavía; predicciones financieras de gigantes de la industria que nos aseguran que la situación es magnífica, pero que no nos preocupemos; media hora de Clara Bow en combinación (quiero decir en la pantalla), lo cual puede daros una idea de cómo la juventud se me va (se me fue ayer un rato camino de la escuela y tuve que llamarle la atención); discursos de Mussolini; discursos de cualquiera; un ligero golpe en la mandíbula; jugar al yo-yo —y una botella de ron.

En mi calidad de camero de toda la vida, me he topado muchas veces con

la observación de Mark Twain sobre los peligros de la cama. Afirmó que muere mucha más gente en la cama que en cualquier otra parte, pero, si yo no llego a estar en pañales cuando dijo eso, podéis tener la seguridad de que G. Marx le habría replicado al punto.

Y ahora, señorita Agnes, si me trae las zapatillas y mi bata lavanda —la que no tiene manchas de salsa, claro está—, voy a hacer una declaración. Dígales a los periodistas que suban.

Caballeros, empecemos por Chicago. Cada día, los periódicos de esta ciudad están llenos de noticias sobre personas a las que Llevan a Dar un Paseo. Y ahora yo pregunto: ¿Se ha visto alguna vez un titular sobre personas a las que se Lleva a la Cama?

De todos modos, me basta con los boletines de las compañías de seguros para convencerse de que a nadie nunca le atropelló un camión estando en la cama. Nadie jamás se ha ahogado en la cama. Ni nadie tampoco se perdió en la cama —exceptuando quizás a aquellos imprudentes recién casados de Omaha, pero les encontraron a los tres días, y sin haber sufrido el menor daño.

¿Significa eso que las camas son peligrosas, caballeros? Vamos, vamos, un poco de seriedad. La cama reclama justicia. Recordad que la cama no puede hablar en su defensa. Todo lo más chirriar, lo cual indica que quizás el sistema Vitaphone no es, después de todo, tan maravilloso.

Podría extenderme más sobre el tema y poner en evidencia al pobre señor Twain, pero está muerto; zaherirle no sería deportivo y, si yo no hago un poco de deporte todos los días, una partidita de cartas todas las tardes con Ruth, Arthur y Miriam, me quedo desfallecido, con ojeras, pierdo el apetito y alrededor de un dólar sesenta centavos (hacemos apuestas pequeñas y acostumbro a ganar). Para deportes de cama, marquen Grammercy 212X, pero no antes del mediodía, por favor.

No, no hace falta que se me diga. Sé perfectamente hasta qué punto un bebé llorón puede perturbar la existencia de un hombre. Recuerdo noches infaustas en que debía levantarme de la cama, cuando mi retoño aprendió que le cogían en brazos si empezaba a llorar.

Pero le curé pronto de esa costumbre. Lo conseguí —y puedo afirmarlo sin exageración— en menos de lo que canta un gallo. (*Sé muy bien* que no exagero, pues, siendo desde siempre un maniático de la exactitud, cogí un gallo y cronometré su canto para asegurarme).

La cosa sucedió así. Yo estaba hecho un ovillo en mi cama un mediodía de septiembre, soñando que St. John Ervine me golpeaba el cráneo con una máquina de escribir portátil, mientras Heywood Broun, sentado en un palco, cantaba «Sólo soy un diputado vagabundo».

De pronto, oí que mi hijo se ponía a chillar, y la algarabía me entristeció. «¿Qué hago, cojo en brazos al crío otra vez?», me pregunté.

Estaba a punto de pronunciar el acostumbrado «sí», cuando mi hombría se rebeló. «¡No!», repliqué finalmente. «No, me pondré a berrear yo, ¡y que el crío me coja en brazos, a ver si le gusta!».

Así que me puse a chillar y, por supuesto, el bebé acudió, me cogió en brazos y me paseó por el cuarto hasta que me calmé. (Tal vez creáis tonto mi orgullo de padre, pero me parece casi maravilloso, considerando que el chaval tenía apenas diez meses, y yo me sentía cerca de los cien).

Repetí la estratagema ocho mañanas consecutivas, hasta que los vecinos se quejaron. Caramba, soy un individuo robusto que se zampa cada día una buena pitanza y bebe mucha leche, así que podía gritar dos veces más fuerte que el bebé. Cuando yo empezaba el concierto, el crío salía a gatas de su cuna, me cogía en brazos y me paseaba por la habitación.

Finalmente, claro está, se hartó de toda esta historia. Y, aunque entonces no me hablaba, había un entendimiento tácito entre nosotros. Si él no chillaba, yo tampoco.

Y todo cuanto puedo añadir es que un Marx jamás ha roto su palabra — como no sea quizás a un patrono, al casero o a una dama.

Naturalmente, no he escrito todo cuanto sé de camas. Podría contaros la historia picante de la actriz de cine que se despertó una noche (¿dije *una* noche?) al oír unos golpes en la ventana; o de la bailarina que hacía puntas en la...; o de cierta rubia de Seattle (bonita ciudad, Seattle); o de la corista que le regaló un Rolls Royce a un millonario... Pero no, me temo que queda todavía mucho de puritano en mí.

Si he de decir la verdad, esa vena de puritanismo me viene de mi abuelo (podría remontarme a mi bisabuelo, o a mi tatarabuelo, pero aquí no me pagan por subir, sino por escribir), el viejo Josué Napoleón Marx, que llegó a América en el *Augustflower*. El caso es que tenía billete para el *Mayflower*, pero llegó al barco exactamente con tres meses de retraso, y ahora os cuento cómo sucedió.

El viejo Josué era un sentimental. No quería irse a América sin darle antes un beso de despedida a la doncella. Y ya sabéis cómo era la gente por aquel entonces. Las cosas se hacían sin prisas.

Tal vez por lo puritano que somos los Marx, soy un decidido entusiasta del vodevil, que, si queréis que os diga, ha sido vergonzosamente subestimado desde aquel día infausto en que Al Woods trasladó sus actores al salón.

En un vodevil, las camas aparecen en escena. Desde luego, los personajes

pueden sobarse un poco, pero —como son observados— no puede hablarse realmente de conducta indecorosa.

Sólo cuando las camas NO están en escena (como en Gire a la derecha, Papá Piernas Largas y Pollyanna), sacudo la cabeza y empiezo a imaginarme cosas.

De la correspondencia de un hombre de cama

Querida Srta. Whipple:

La política no hace extraños compañeros de cama. Los hace el matrimonio.

Atentamente,

G. Marx

* * *

Querido señor Marvin:

Es una tontería mirar debajo de la cama. Si su mujer tiene una visita, lo más probable es que la esconda en el armario. Conozco a un hombre que se encontró con tanta gente en el armario que tuvo que divorciarse únicamente para conseguir donde colgar la ropa.

Atentamente,

G. M.

* * *

Querido profesor Winters:

No, no soy partidario de adoptar la costumbre japonesa de dormir en el suelo. Me he limitado sencillamente a mencionar una de las ventajas que posee en un país de prohibición. Aquí, si un hombre pierde el sentido, aparece durmiendo en el suelo —quizá debajo de la mesa. En el Japón, ya estaría en la cama.

Un cordial saludo,

Groucho Marx

* * *

Querido señor Cook:

Es Wilson Mizner, y no yo, quien se sintió avergonzado cuando llegó por vez primera al mundo y se encontró a una mujer en la cama con él. Yo no sentí

ninguna vergüenza.

Atentamente,

Prof. Marx

* * *

Querida Dolly:

Estaré ahí sin falta a las 9 en punto.

Tuyo,

Groucho

* * *

